

Jairo Ramírez Bahamón, *Historia de una utopía escolar. La educación en el Estado soberano del Tolima. 1861-1886.* Fondo de Autores Huilenses, Neiva, 1998.

Dentro de los objetos de estudio de la nueva historiografía colombiana, la historia de la educación es una temática reciente. Como se sabe, la llamada nueva historia de Colombia o historia universitaria surgió dedicada principalmente a los temas económicos y sociales. Desde los años sesenta, en los cuales se ubica el comienzo de dicha historia, hasta el decenio de los ochenta, fue evidente el predominio de la historia económica y social en las nuevas generaciones de historiadores profesionales. Para los años noventa, empero, el énfasis ha tendido a recaer en la historia cultural, cuyas primeras inquietudes empezaron a gestarse a mediados de los años ochenta. El universo temático de la nueva historia cultural es muy variado. Hacen parte de este universo campos de estudio como el de la familia, el matrimonio, la sexualidad, la mujer, la fiesta, la religiosidad, la brujería, la violencia, el imaginario político, la vida privada, la enfermedad, el convento, la cultura escolar y un sinnúmero de otras temáticas. Dentro de esta ostensible, problemática y a la vez pródiga fragmentación del conocimiento histórico – que constituye una de las preocupaciones que están en el centro del debate contemporáneo sobre la disciplina – los temas comprendidos en la historia de la educación, del maestro, de la universidad y de la cultura pedagógica han recibido en la historiografía mundial una atención especial.

En nuestro país, la investigación de estos temas, abordada desde el punto de vista de la nueva historiografía, es una inquietud que se manifiesta a mediados de los años ochenta. Esto no quiere decir que en tiempos anteriores no se hubiesen escrito obras en el campo de la historia de la educación, sólo que estos estudios obedecían a un tipo de historia que se ha dado en llamar tradicional. Significa ello que tales estudios se preocupaban generalmente por los aspectos institucionales, formales, reglamentarios y legislativos de la educación, sin que tuviesen en cuenta otras dimensiones, como el contexto cultural, científico, ideológico, político, social y económico en que el proceso educativo se concebía, se estructuraba y se realizaba. Cuando se dice contexto se trata de una situación, de un entorno que no es pura exterioridad, sino que se encuentra a la vez implicado en la conformación interna del proceso educativo, contexto que marca las posibilidades históricamente determinadas de este proceso, sus alcances y limitaciones, sus problemas y conflictos (el contexto no necesariamente es armónico, pues se halla atravesado por las diferencias y contradicciones); entorno que permite fundamentar el sentido y la significación histórica del universo escolar. Es en la perspectiva que abre el nuevo punto de vista historiográfico en la que avanza la obra de Jairo Ramírez. En efecto, dentro de las diversas posibilidades que esta perspectiva le entrega al historiador, el autor ha optado por el estudio del sistema escolar que muestra a éste en su íntima articulación, precisamente, con las circunstancias, con el contexto político, ideológico y social, heterogéneo y contradictorio, que era característico de la sociedad decimonónica que habitaba el territorio comprendido bajo la jurisdicción del Estado Soberano del Tolima. Se trata de una historia del proceso escolar tanto de sus aspectos principales (instituciones

docentes, maestros, alumnos, currículo, métodos de enseñanza, material pedagógico, recursos económicos, etc.) como de sus relaciones con el entorno señalado.

La ubicación temporal del estudio corresponde a la vigencia del régimen federal, el cual fue establecido por el liberalismo, siguiendo los dictados de la Constitución de Rionegro (1863). Con base en esta Constitución y en el ideario liberal, se pretendió dar forma a la utopía escolar del liberalismo radical, la cual se proponía, entre otras cosas, instaurar una educación oficial laica, de amplia cobertura, gratuita y obligatoria en el nivel de la primaria. Del currículo escolar fue abolida la educación religiosa, aunque se dispuso que las escuelas dejaran el tiempo necesario para que los curas impartieran la enseñanza religiosa a los alumnos cuyos padres así lo solicitaran. Las vicisitudes sufridas por el proyecto educativo del radicalismo en el Estado Soberano del Tolima es lo que constituye la intriga del presente libro. Se desarrolla en varias secuencias: la primera corresponde al periodo 1861-1867, de gobierno liberal, caracterizada por los precarios avances en el campo escolar, debido a las consecuencias de las guerras de 1860-1862 y a los conflictos políticos subsiguientes. El segundo periodo se extiende de 1868 a 1876, de hegemonía conservadora, durante el cual se presentó en conflicto entre el ideario conservador y el Decreto Orgánico de Instrucción Pública (1870) que buscaba establecer un plan de estudios unificado para todos los Estados de la Unión, un sistema educativo nacional y una escuela de carácter laico. La entrada en vigencia de dicho decreto en el Tolima motivó una resistencia por parte de los sectores clericales y conservadores, que se expresó en la desidia de las autoridades, en el incumplimiento de lo dispuesto en el decreto, en el hostigamiento a maestros y en la actitud asumida por algunos padres de familia de no enviar sus hijos a la escuela. No obstante, pese a dichas dificultades, en este periodo la escuela experimentó un relativo avance, que de todas maneras no fue suficiente para sacar al Tolima del rezago educativo respecto de los demás Estados de la Unión; sólo logró aventajar al atrasado Estado de Panamá. El tercer periodo, de gobiernos liberales radicales, está comprendido entre 1877 y 1884. Durante este lapso se acentuaron los esfuerzos por llevar a la práctica el proyecto educativo del liberalismo radical en el Estado del Tolima. A su turno, en contraposición a tales esfuerzos, se tornó más insistente y abierta la resistencia clerical y conservadora. Más allá de esta resistencia, de los efectos de la guerra de 1876, de la precaria disponibilidad de recursos y de la indolencia de ciertos funcionarios locales, la política educativa obtuvo, sin embargo, algunos resultados importantes, como los siguientes: se crearon nuevas escuelas, se incrementó la asistencia escolar, se impulsó de manera significativa la educación de la mujer, se fomentaron la escuela mixta, la escuela rural y las escuelas superiores, se dedicaron importantes esfuerzos encaminados a promover las enseñanzas industrial, se avanzó en la formación de maestros y maestras y en la profesionalización de la actividad docente. La interesante historia del profesor Ramírez concluye con la secuencia que cierra dramáticamente el experimento federal y la escuela radical —mediando la guerra de 1885— para dar paso al movimiento de la Regeneración, al establecimiento de la forma de Estado unitario y centralista y a la instauración de la escuela católica.

La narración de los periodos indicados no se queda en los hechos propiamente educativos. Es ostensible la intención del autor de abordar estos hechos en un cuadro comprensivo de los principales rasgos históricos de la trayectoria federal, lo cual implica integrar a la narración el proceso económico y social de la región; la política económica de los gobiernos del Estado Soberano del Tolima; las contradicciones entre el liberalismo, de un lado, y el conservatismo y la Iglesia, del otro; las actitudes de sectarismo, dogmatismo, intolerancia e intransigencia de ambas partes; y, en fin, las diversas guerras civiles que afectaron profundamente la vida del Estado. Desde este punto de vista, se trata de una historia que ilumina muchos aspectos del proceso histórico global del Tolima Grande, entre 1861 y 1886.

Una de las lecciones que se desprende de la obra aquí comentada es que la educación no es un bien universal dado, incuestionable, reconocido por todos como neutral, deseado unánime y armónicamente por el conjunto de la sociedad. Lejos de ello, la educación es una conquista, un bien que debe ser luchado en circunstancias no siempre propicias, sino, con mucha frecuencia, difíciles o francamente adversas. Esta historia nos enseña que la educación es un espacio de los conflictos sociales, ideológicos, religiosos y políticos, donde se enfrentan diversas fuerzas, tendencias y poderes, donde se juegan proyectos y utopías, donde se escenifican temores, prejuicios, sueños e ilusiones. Con propiedad en el conocimiento de las fuentes documentales, el autor nos ilustra detalladamente las peripecias de la utopía pedagógica del radicalismo en sus afanes de realización, los cambios y escisiones que ésta introducía en el orden sociocultural y político del Tolima Grande decimonónico, y las profundas e insalvables oposiciones que suscitaba en el clero y el partido conservador, que dan origen a una denodada resistencia. Esta calculada resistencia se despliega en el contexto de una sociedad de cultura oral y en su absoluta mayoría analfabeta (“era cuando la palabra valía”), donde existían importantes grupos para los cuales la educación no parecía tener mayor importancia. Además de las formas de oposición arriba mencionadas, se percibe una cierta actitud de desidia e indolencia en relación con la atención de la educación para los niños y jóvenes, que no correspondía propiamente a las demandas políticas de la resistencia. Esto hace pensar, a manera de hipótesis, que para una sociedad provinciana, de un enraizado modo de vida pueblerino, pastoril y agrícola, no es extraña cierta tendencia que ve a los niños y jóvenes como fuerza de trabajo antes que como mentes para ser cultivadas en las aulas, como trabajadores antes que estudiantes. Para ciertos grupos, en el mejor de los casos, la demanda educativa se limitaba a lo que se consideraba como suficiente: leer, escribir y las cuatro operaciones. Para otros, más reducidos, la educación, en sus niveles superiores, se presentaba en cambio como un posible destino. Por supuesto, no se puede desconocer, en este drama histórico de la educación, el comportamiento de determinados poderes que temen y miran con recelo el postulado de “un pueblo culto”, poderes que se la van mejor con lo que siempre se ha dicho de la educación: que es un privilegio. Desde estas y otras consideraciones, la historia que nos cuenta el profesor Ramírez no resulta del todo extraña para los tiempos que corren.

Siendo la nueva historia de la educación un fenómeno reciente, su producción historiográfica es todavía poco numerosa. Aún más excepcionales son los estudios que abordan la historia educativa de tipo regional. En este sentido, la obra de Ramírez es un tanto pionera en el cuadro de las historiografías regionales de nuestro país y, de hecho, es solitaria en los estudios huilenses y tolimenses. Elaborada con rigor, sustentada en una apreciable documentación, llena de información, de interesantes comentarios y sugerencias, la obra de Jairo Ramírez —de la nueva generación de historiadores huilenses— constituye un valioso aporte para la historiografía nacional y regional sobre la educación.

Bernardo Tovar Zambrano

Profesor Departamento de Historia

Universidad Nacional de Colombia